

EL HOSPICIANO  
(1985-2005)



COLECCIÓN LITERATURA  
Serie Poesía • José Gorostiza

---

Luis Barjau

EL HOSPICIANO  
(1985-2005)

**CULTURA**  
SECRETARÍA DE CULTURA



TABASCO

Primera edición: 2019

© 2019, Luis Barjau

D.R. © 2019, Secretaría de Cultura de Tabasco  
Calle Andrés Sánchez Magallanes #1124  
Fraccionamiento Portal del Agua  
Colonia Centro, Villahermosa  
Tabasco, México  
C.P. 86000

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra,  
sea cual fuere el medio, sin el consentimiento por escrito  
del titular de los derechos correspondientes.

ISBN: 978-607-8428-98-4

Impreso en México - *Printed in Mexico*

*A Lola*

## Mensagem

Que la tarde me vuelva un santo beodo  
o algún nómada bajo la luna loca.  
Que el tiempo me burle,  
sea la capa del torero  
en la embestida.  
Todo eso si tiene que ser así, sea.  
Quisimos en la tierra, erguida, una flor tenue.  
Sin usura.  
Hasta donde es posible, de lado la vileza.  
Que la angustiada brisa de los días  
siga de largo por mi cara  
y quede en mi lugar un tardo ser  
y crédulo,  
cuya rosa pierda pétalos  
uno a uno  
en el tropel de la estampida.  
Todo eso  
si es una vieja ley,  
si es visaje severo,  
que pase, que se pierda.  
No vine  
a imponer la canción complacida,  
a moldear los hábitos con que la fila  
pasa callada.  
Que la noche despliegue su mansión  
sobre cuerpos idos,

que las horas con su maldición  
nos derrumben,  
y el más lerdo y sangriento  
dicte sobre los demás su voluntad  
como un derecho personal  
y aquellos no suspendan  
su famélica danza.

Quiénes somos  
para dar voces de alarma.  
Su andanza cambia el mundo  
si todos claman.  
Siendo único, aguarde el final.

Pequeña flor de octubre:  
te he visto despertar año tras año  
en la invariable soledad del patio,  
en los rincones  
donde pega la eternidad sin piedad,  
donde el tiempo se estanca  
sin que nadie lo vea;  
allí te he visto  
roja como la vida,  
en ese espacio de imperceptible miedo  
donde espiamos  
quién sabe qué fatalidad,  
qué drama,  
qué edificio en silencio derrumbarse;  
allí  
flor iletrada,  
afectuosa menuda  
que sonsacó una mirada  
que el sol sacó  
de los verdes salones de su gajo,  
vuelva en la tierra empuñada.  
Flor: mi pequeña,  
cuál erial habría de darte  
que no quisieras tapizarlo,  
hasta perdersnos.



Los días que tratan de prorrumpir  
en sol sobre el lenguaje.  
Los años. Nada de «logros». Es fatal  
el dulce horizonte frente a los ojos ávidos.  
Sin embargo, el arte balsámico.  
Ahora mismo, ligeramente, libre,  
sobre palabras y sobre pensamientos.  
Qué banalidad la del intento  
y qué perdido tren el del oficio.

Pensamiento, no das para explicarnos;  
apenas un desasosiego aceptado,  
lejano y amarillento, refulge.  
¿Qué fuimos los días de México?  
Un lento barco avanza por la imaginación.  
De una golondrina,  
la ventana negra de un templo  
absorbe el vuelo.

## Bajo luna llena

Que se queden los vivos dirimiendo  
esa miel sistemática del mundo.  
Pero nos vamos,  
otras siegas nos llaman al olvido.  
Otras plantas del mar seducidas  
nos imantan.  
Que quede en los labios  
de los especuladores  
el honor  
la valentía de vidrio enmascarada.  
Ya demasiado oro  
gasta la silla abandonada  
a las seis  
en la milpa entrañable.  
Un parloteo insumiso  
desgasta la memoria  
y lo querido  
se vuelve canción olvidadiza,  
mordedura imposible  
en el barandal  
del paisaje irisado de intrigas.  
Una risotada,  
una francachela sin consistencia.  
Apenas se ve relumbrar el afán  
al borde del teatro entusiasmado,  
apenas, la canción achispada,

la razón quebrantada.  
Quién tuviera la pasión concentrada  
en el fragmentario corazón,  
quién, los lagos serenos de la piel  
a la mano que escapa.

## El provinciano

Ya es nuestra esta ciudad y es paradójico:  
ocurre con voz difamatoria  
que oprime a sus peatones  
bajo edificios de instantes derruidos,  
como hormigas.  
Pero hay un gesto de la esquina;  
lugar malsano, par de la condecoración,  
tonada estéril que enmarca  
desde la Plaza Río de Janeiro  
náyades que se miran partir del sueño;  
plaza anónima de la Colonia Roma  
allí estuvo la Librería Latina  
para el mundo con disfraz indígena;  
allí el poeta con cualquier máscara,  
o ella y Pellicer a las puertas de amor 1920,  
por única vez;  
árbol que aún está separándolos,  
árbol con pájaro,  
tal vez era verdad  
y cuelguen de ambos lados  
amarillentos personajes,  
enamorados de cien años atrás,  
bastón, carrete, polainas,  
gorro, medias blancas, collar histérico,  
negras ojeras charleston,  
el árbol de una esquina

frente a casa sombría  
en cuyos cuartos despierta Pito Pérez,  
árbol de maple, ceniciento y otoñal.  
Allí, donde también se choca en brusca forma,  
con la invisible estatua de Afrodita  
y vestidos de negro  
bajo la fina lluvia de noviembre  
fuimos dolidos y anónimos bajo un paraguas.  
No, no es cierto  
que estamos sólo un poco aquí,  
todos somos aquél que cruza el parque,  
aquellas lágrimas, sólidas, del álbum,  
aquellas campanadas  
del concierto 21 de Amadeus.  
Ya es nuestra esta ciudad que es mujeril  
perdida y arcaica y matriarcal  
sombra y llanto en las ruinas  
voz prohibida al paso de los barcos  
donde nacimos y perdimos  
igual que en Plaza Hidalgo de algún pueblo  
o de la plaza de la Independencia de lo Imposible;  
allí central sobre la fuente  
con esa hórrida mueca de mundo rancio  
depositada allí por alguien cándido  
mientras la eternidad  
en sombras y entre brumas  
transmigra.  
Aquel que cantó a la ciudad  
su única historia policíaca,  
en el viejo edificio de Las Brujas,  
Casa Usher o *Rosemarie's Baby*  
y todo el miedo de la noche de 1968;

donde escribió Bernal, Édgar, Román,  
José Rubén Romero, Mario y Guillermo.  
Las tres náyades bajo el maple,  
muchachos y muchachas de los jóvenes rapsodas  
bajo la noche azul del sueño,  
donde el vate confiesa un día  
pegarle a niños gordos,  
niños voraces, tanto,  
que se tragaran la estatua  
sólo por devolverla después  
negra sobre la fuente.  
Vírgenes  
tres  
gracias lejos de Apolo,  
¿de qué lo griego?  
de aquellas nos despedimos  
para hallarlas más allá;  
¿a ellas renunciamos cobijando lágrimas  
bajo un paraguas  
que cobija otra lluvia  
universal, sin fin?  
Soñamos, ciertamente.  
El Gran Salón de las Mujeres  
donde volvemos  
a rendir cuentas sobre nuestras mujeres,  
una por una  
las gracias de la madre  
las hermanas de aquella  
todas sentadas alrededor  
esperándonos  
esperándonos,  
la intrigante, la hermosa, la erótica, la loca,

una por una  
reclamando  
el Gran Salón  
el vuestro  
donde bailen  
donde se oiga el murmullo religioso  
de una conversación.  
Vetusta plaza donde atravesamos,  
bajo el monstruo del Davide.  
«Cual Mozart ebrio»  
es cierto que pasamos,  
donde una noche, desnudo,  
Apolo negro persigue a Maricita:  
Y en las cornisas de Las Brujas,  
Adolfo y Baccus  
con equilibrios en la cuerda floja;  
ya aquél  
es nuestra la ciudad con sus desastres  
y esta es máscara de todos los escribas.



## Adivinaja

Decir que sí toma sus años.  
Una de dos:  
la cosa debe ser espantable  
o Nos medrosos.  
Conque no haya sido  
misterio inexpugnable  
que alberga dos contrarios,  
conque no hayan sido ciertas ambas cosas.  
Qué significa haber dicho sí  
y que otro asunto no, por tanto tiempo.  
Sí, es repetir la misma historia  
que vale la pena,  
no, entretener tinieblas  
hasta el vientre oscuro  
de la noche sin fondo;  
si, no, luz y tinieblas,  
sucesión en cuyo borde,  
atónitos,  
velan los vivos.

## Identidad

El mejor modo de ver a un extranjero  
es el de don Francisco Martínez Zentella  
que nunca salió de Jalpa:  
con alejada ternura y  
a distancia,  
con encendido gozo de la cara,  
mientras acepta que lo mejor sería  
no caer en tentación  
de cruzar palabra alguna.  
Porque sabe que una vez de frente  
ambos serían víctimas  
de un naufragio de risas y estupefacción;  
que es inútil hablar  
porque se vende el alma a la incomprensión.  
Lo ve de lejos con gusto  
y parte con risa suspicaz  
que pareciera que se burla  
si no fuera porque en los ojos de sus ochenta  
aún cruza un relámpago azul,  
codicia rápida.  
Baja la testa bifocal para atinar el paso que sube  
un escalón,  
se pone de súbito serio y concentrado  
y repite con admiración  
para sus adentros, aunque en voz baja:  
¡que te parió!

## Hojas

Otra vez la penúltima estación,  
las hojas sobre los ladrillos  
se arrastran con crepitar ominoso,  
las hojas muertas,  
secas,  
su brisa de metal.  
Y unos pasos avanzan, retroceden,  
y pensamientos intrascendentes  
y a lo lejos  
la sordina de un gallo  
y un tono sostenido de inexorables máquinas.  
Es el instante grave  
que a nadie más atañe,  
que no ahondará memorias;  
desamparo y vaciedad.  
Si no hay algo que colme  
sus polvosas contriciones  
podría cambiarse  
por la nada,  
por cinismo, en la risa.  
Pero las hojas  
ya no tocan  
esos giros.  
Se arrastran por espantables superficies.

## Presencia distante

Ya viene hacia mí  
con sus pasos de seda.  
Al fin pasa  
y es tiempo que arrasa.  
Lugar  
que cuele solamente  
fantasías malignas;  
«como sombras de un sueño»  
huyen las bailarinas,  
jardín azul  
donde se oyen, bajo la luna,  
frases perfectas.  
Ya viene,  
jaguar de seda;  
pisado polvo  
esta canción,  
descampado bajo la luna helada  
que llama a gritos,  
que se muere de olvido y de pena.

## A tiempo

Era tarde  
y el sol caía  
y el cielo, azul.  
¿Quién cazó el jabalí,  
quién, atildándose al espejo,  
mientras que una mujer  
desde su cuarto  
regula sus deseos  
como el juglar las cuerdas,  
y en el salón ya alegran los fraternos,  
las frases de la fiesta vuelan desenfadadas.  
Pero este tiempo con el sabor perdido.  
Pero esta nada  
no monta  
ningún potro,  
pero esta nada fantasmal del tiempo.  
Allá rebullen multitud y enigma,  
allá a lo lejos  
son menos o más plenos,  
mientras que el tiempo avanza  
igual que un barco sale de la niebla.

En el fondo  
se exacerba la pugna.  
¿Quiénes combaten?,  
¿qué rencores irritan el ánimo?  
Y esta tristeza envuelve:  
que en lugar de imbatibles guerreros,  
ocuparan el pecho  
dos bien dispuestas jóvenes,  
y se hubiera instalado el humor  
y el vasto mundo rezumara de flores.  
Pero hemos sido la arena de ese duelo,  
de ese largo combate  
donde los contendientes,  
que no cejan,  
minan la resistencia.

## Huitzitzilin

*i.m. Carlos Pellicer*

Espero  
que el colibrí de Huitzilac  
turgente y fúlgido  
termine por posarse  
en el vaso de vidrio  
con flores de plástico,  
envase artificial  
de su alimento.  
Se aferre a su artificio,  
dejando de volar  
lo cual nunca se ha visto  
y muellemente sorba  
y deguste por fin, en paz, su miel.  
Si esto ocurriera  
escribiría la fórmula:  
«cuando se acaba la natural dificultad,  
la aptitud cesa».  
Las flores incorpóreas  
cuyos tallos  
a duras penas detienen  
sus enhiestas campánulas  
en el aire,  
frente al visaje-instante

del pájaro que busca,  
la flor  
blasón exangüe  
que suspende en el viento  
femenino erotismo,  
la flor de siempre  
enfrentada de pronto  
contra un recinto nuevo  
de liberalidad,  
la flor  
tal vez se marchitara  
tal vez en cambio  
se encarnara  
en un himno de sol,  
nadie lo sabe.  
El colibrí de Huitzilac,  
tornasol diminuto,  
la «chupita» de Jalpa  
memorable y laqueado chupamirto  
esta vez chupa el plástico.  
Pero también el otro,  
el verde más robusto  
de cola blanca.  
Uno de éstos fue a dar  
al patio techado con acrílico,  
fue y vino por la cúpula,  
cielo de transparente pesadilla,  
no podía salir.  
En una de sus idas y venidas  
quedó perplejo, estático,  
frente a la negra astucia  
de Nix, la gata negra,



apenas tres centímetros escasos  
y un desconocido mundo  
se fascinó brillando  
en los felinos ojos amarillos.  
Pero tuvo una segunda vez  
el embeleso  
y Nix partió con su presa  
entre las fauces,  
fugacidad de sangre, verde, negra  
que estremeció a mi familia  
y un halo de injusticia  
pobló el mundo.  
El colibrí que no merece nadie,  
ni la rosa ni el sol,  
todo desaparece  
entre la noche negra.

Involuntariamente  
vine a dar  
contra el arte de las conjeturas.

Perteneciendo  
a convicciones íntimas  
de una especie menor  
que se destroza y arde,  
siempre vuelvo a esta mar  
que me interpreta  
y descalifica.

La isla del amor,  
destino equívoco,  
perdida en torbellinos,  
rachas del viento;  
mientras prosigo  
hacia el confín  
como un héroe patético:  
sin fama.

El humor no es salvamento,  
ni volverse el gerente de un payaso  
enviado a probar literatura.  
El problema comienza frente a la salvación,  
por olvidar el plan de hacer el mal  
con impecable ciencia.

Qué ciego es el instante  
donde el mal usa nombre,  
quizá también pudo ser visto  
sólo como un derecho.

Pues discernirlo no es más que intento  
de librar su ineficacia.  
No tiene tiempo el mar,  
nadie lo espera,  
entre sus aguas transan los acuerdos,  
y así, fluye magnánimo.

Los pobres llegaban a la plaza  
en busca de un mendrugo,  
y en palacio se consideraba  
toda una tradición para mandar,  
estilo,  
dignidad para responder al enemigo,  
aun con la vida.  
Los pobres en la plaza  
bajo la estatua ecuestre  
del padre de la patria  
sueñan con escondrijos  
para sortear la pesadumbre,  
hablan de casos únicos  
de correligionarios que ahora visten de seda  
y que no cesa, no, la adversidad;  
dicen que sólo juntos desaparecerían  
entre los felices,  
mientras cesa la tarde  
como aviso final colgado de improviso  
y en el salón de los notables  
se avivan las bujías  
igual que hermosos rostros  
de mujeres dispuestas.  
¿Quién te dio ese pañuelo  
para oler en la guerra?  
ha dicho la celosa clandestina,  
mientras que el caballero notó su inexperiencia,  
que hay una forma digna

de reflejarse en los ojos,  
que él, aunque muriera,  
persistiría cruzando sus amores  
como al tono mayor de un aria viva;  
mientras, los pobres regresan  
con un pan bajo el brazo  
obtenido  
a manos miserables  
de una ventana abierta;  
van indiferenciados,  
bulto oscuro de trapos percutidos  
contra el cielo  
que ardió tras un alero.  
La inteligencia discutió en palacio.  
Quedaron sus palabras aferradas al muro,  
a las colillas de los ceniceros,  
al bilé de una copa vacía,  
cuando el salón sin nadie  
emulaba un sepulcro de relatividades,  
con los parientes de los dueños de antes  
en sus óleos colgados,  
con los elogios que perdió el poeta.  
La inteligencia, en síntesis.  
¿Quién más, también, cuando la plaza vacía?  
¿Quién, bajo la estatua del héroe?  
Ni la novela que evocó el olvido.  
Ni amor contra la guerra  
en un desplante  
con dignidad uniformado.  
Ni el hambriento y su cruz de la injusticia.  
¿Quién vino, en nombre de quién, al mundo?

El expediente del sospechoso,  
del distraído según dijo un filósofo,  
de lujo,  
hecho por los pobres con esoterías impresas;  
arar en el oficio propio,  
qué condición,  
qué misterio ni qué la chingada.  
Ella,  
pobrecita también,  
todo es cuestión de iniquidad,  
desde la Biblia.  
Llegar a suavizar razones,  
cantar fluidamente  
con independencia de lo injusto,  
los últimos pases áureos  
del diestro  
que solapa la tarde  
¿Quién resarcirá?,  
¿con qué?.  
¿palabras?,  
¿premios?,  
¿fama?  
Las famas: estocadas finales al enfermo;  
mientras que el oficio de poeta  
está vilipendiado de lugares comunes,  
del estilo de la temida hoja blanca,  
de la pública vida  
siempre expuesta a opiniones.

Sólo un margen de combinaciones  
contra el deseo pospuesto.  
Sólo glorias desvanecidas  
al abrir de una puerta.  
Detrás de toda empresa  
hay una joven gloriosa  
bruñida con inconcebibles propósitos,  
una salud de sol  
que nos ahoga,  
que remite al final  
su copa de oro.  
¿Dónde están los pachecos,  
los paz, los gorostizas?  
¿qué se fizieron?  
Inteligencias en cuyas narices  
la fiesta cerró puertas,  
mientras resonaba  
la noche del poder de otros países,  
y mujeres deseosas, ataviadas y demasiado lejanas,  
novias aldeanas que caminan al templo.  
El expediente dice:  
no soportó el rigor de Realidad,  
no el oro y sus muertos forjadores,  
no le pareció el tono con que marchaban los días.  
Así, renuncia solamente.

Por mis ojos escurren  
los pobres en sus barcas,  
asaltan una isla,  
sus propias flores rompen.  
Después de la jornada,  
el bar sirve tan sólo para avivar la riña.  
Trágicamente,  
la inteligencia limita  
con la bandera de sus antepasados.  
Solos en su multiplicidad,  
el mito secular  
canta sus glorias,  
y el honor es pospuesto  
a la boca del tiempo.  
Una maldición  
tiñó el principio de rojo:  
la astucia sirvió más frente al sustento;  
ser humano es no ser tanto  
perdura la opulencia.  
Todo estriba  
en la valentía de callar  
en medio de la comparsa,  
e ir corriendo también,  
para evitar las burlas:  
en África un error  
puede confinar  
al árbol del ridículo.  
¿Qué le importó a Tiresias invidente



la frialdad elegante de los príncipes?  
En las barcas de la orilla,  
aún resuenan nocturnas  
las inútiles arias  
de los pueblos dolidos;  
hoy las estrellas  
son empresas privadas  
y ha corrido mucho el tiempo.

Pueblo: San Sebastián.  
Tu horrenda noche  
clama tonadas  
para ser detenidas en museos,  
mano que alarga tu cuerpo  
hacia la rosa:  
dedos que al lavar sus fantasías  
disuelven excrementos.  
Un Dionisos furioso  
se debate en sus cascos,  
asignada maldad cruza su pecho;  
eliminarla es conservar  
la misma pobre mirada;  
conservarla es trampa  
de mal gusto: puerta de la prisión.  
Deberías poner punto final.

En algún rincón de la ignorancia  
por primera vez  
vimos pasar el tiempo trabajoso;  
con los pies en la tierra,  
y los claros ojillos donde anidaba el miedo;  
así estábamos,  
peregrinos,  
ateridos,  
de la animalidad al animismo  
sucedió en el escenario.  
Vimos hambre y muerte con indiferencia nomádica:  
«algo» más débil que nosotros  
acabaría pasándonos;  
el frío era sólo desprecio de un desplante.  
También vimos en el deseo  
una distracción incomprensible,  
y en el vástago y en el hombre.  
Pero entre aquellos abortos que fuimos,  
manó insensible la sangre caliente,  
como el reptil se escurre en la canasta:  
la inquietud de ser felices.

## Muere mi padre

De repente se aviva el hospital,  
las esperanzas crecen  
como fámulas locas  
en su delirio tropical.  
Microfónica voz  
anuncia osada  
el teatro maquillado  
muerte adentro.  
Ay resurrección,  
ay de las palabras  
que se vuelven  
vida por un instante:  
jardines de la alucinación  
donde pasamos descreídos.  
Él estaba  
en su rama elevada,  
con su bandería radical,  
hijo de un destino de polvo  
superbo y mórbido,  
sanguinolento y pulcro,  
carismático a más no poder.  
Quién le dio ese nitrato  
de demencias que riman,  
esas hormigas milimétricas del existir,  
fue aquí, de verdad,  
realmente fue.

Quién le infligió  
tal potro de torturas,  
tal ácido en los labios,  
tal frecuencia de un sueño  
en la soga de la horca.  
Antigua y solapada su elegancia,  
cruda manera  
de decir la verdad letra por letra,  
labios arrepentidos,  
palabras que no quiso pronunciar,  
(¿qué digo?,  
¿a quién estoy cantando?).  
De repente —es curioso—  
se aviva el hospital,  
los enfermos mastican  
lentamente  
su papilla de derrotas,  
rapados de concentración,  
ancianos cuchicheantes,  
dan un pan  
al compañero de celda  
«por una apenas caricia»,  
por la chispa remota  
del deseo que amaina;  
qué locos están, al fin, lector,  
qué flores del mar,  
su incertidumbre está borrada  
en sus ojos de ébano desacertado,  
en sus lenguas malsanas,  
en sus huesos navales  
de abandono en la arena,  
qué locos, qué,

como tú y como yo,  
juntos, al fin.  
*Morbus, febris,*  
antesala del puerto  
donde embarcamos en nave de plata,  
y el confín a distancia  
posee un nombre imposible;  
vida, ficción palpitante,  
mentira encendida como tarde de toros,  
sacrificial sin duda,  
eterno sacrificio  
del misterio del hombre,  
en la pirámide,  
en el quirófano,  
qué más da,  
por un ideal de hermandad.  
Mientras, danzan las esperanzas  
ya empolvadas,  
ya de seda prometedora,  
en el salón de la opulencia.  
Perderse en la brisa  
miro a esa nave de plata,  
pañuelo del adiós  
a través de las lágrimas,  
mientras que en el alma,  
alguien sobrenatural  
y antropológico, danza,  
con la salvaje intimidad  
de quien recuerda a los suyos.  
*Morbus, febris,*  
a tu pasillo sin fin  
asoman crispadas manos,

y hambrientas,  
corre el aire sin fin,  
van y vienen los hombres,  
sus nombres, sus oficios.

*(Villahermosa, 22-III-90)*

Habría sonado la guitarra hasta tarde,  
habrían danzado los pies;  
sobre sí mismo, en círculo  
el calcañar rollizo,  
humo blanco,  
músculo de olvido.  
Como la sed del vino,  
como la culpa enchárcase en los ojos,  
como San Lunes, San Sebastián.  
Qué esperanza tan pura  
la de mudar las penas,  
cómo decreció en vano,  
lejana,  
la canción del buen yantar.



La tarde del dios,  
de la justicia, yerra;  
tropieza sin percatarse,  
una pasión la encadena:  
poder, poder.  
El funcionario egipcio,  
de madera,  
muy contrito,  
en silencio dolido  
y cabizbajo,  
temeroso hasta el temblor  
de exceder sus palabras.  
El funcionario  
sufrió su regocijo  
por los asuntos del pueblo:  
en la mañana  
dos decapitados,  
unas manos cortadas  
por la tarde,  
seis, siete, una era rasa ya;  
mordiéndola canasta cayeron las cabezas,  
como rueda una flor de lis, las manos.  
Por la noche, clítoris y tijeras  
para acallar la brama de la sierva.  
El funcionario y su rostro de piedra  
tallada por el Nilo  
y el verdor de sus ojos  
entre la piel morena;

el funcionario calla durante la cena,  
entre familias;  
calla del pueblo su aliento inconfesable  
entre candores y ternuras,  
entre todos los hijos pequeños de sus hijos:  
una cosa son los asuntos de Estado,  
otra ¿o lo mismo? su silencio.

Qué brillante se torna  
la triste playa oculta  
en nuestros días complacidos,  
el tiempo responsable,  
columna de nuestro desvarío acechante,  
qué lejana,  
y arrebatadora.  
Por detrás de los días  
hay un ser que camina en esa playa,  
otro,  
el intemporal,  
el de los ojos glaucos  
donde anida  
todo propósito insatisfecho,  
los impulsos atávicos,  
la sed, la sangre.  
Mientras, construimos piedra a piedra los días,  
armazón indefinida.

Que te dijeran:  
de piedra, piedra eterna,  
tú te rebelarías,  
te revolveras.  
Rezagado en una sonrisa,  
en la templanza.  
Qué indignidad, si no,  
la de haber venido aquí,  
todo como a contracorriente,  
de cara a la imperfección insoportable.  
Si te dijeran:  
eres así  
porque así era tu raza de ciegos,  
no aguantarías, no,  
no aceptarías;  
salmodiando darías media vuelta:  
«he aquí al miserable»  
zumbaría por tus hombros,  
pero nada,  
sin freno tu marcha loca.  
Cuando regreses del mar  
mete otras rosas al cuarto,  
la ventana estará abierta,  
el jarrón cruzado por el horizonte;  
si te pudieras quedar,  
contenerte en aquellos altos instantes,  
tomarlos por asalto,  
a fuerzas,

a fuerzas,  
cómo no intentarlo ante la segazón de los días.

## Adiós al padre

Frente a ti se endurecen las palabras,  
unas demasiado fuertes para tu terminación,  
otras indignas de tu acabamiento.

Pero te vas acomodando  
como al féretro tus despojos,  
a las sílabas, a las palabras,  
al propio verso.

Ahora se que te deslizas  
en una barca negra,  
por un océano negro  
donde el mirar existe apenas  
por las pequeñas flamas de dos cirios;  
que vas perfecto y pleno  
dueño de la otra soledad  
que no te altera en nada  
como ésta de la tierra;  
vas, ahora sí, el dueño;  
con toda la razón,  
sin prisas deslizándote.

Qué inalcanzable  
tu saber sinfónico.

A toda prisa, vuelvo al limbo  
donde me dejaste:  
al hospital, al féretro,  
a la morgue despiadada,  
a las palabras técnicas del médico

donde bebimos impotencia y desazón;  
vuelvo y te busco,  
trato de cercarte por escrito,  
con las flacas palabras de la lengua,  
cuando vas, otra vez,  
eterno, disolviéndote,  
en el adagio largo de una música sacra.

## Pobre gacela, duramente embarrada

*i.m. Federico García Lorca*

Los pobres no quieren comer,  
porque tú no me dejes  
y vayas por aquél;  
los pobres, duros,  
aún se contienen en la mesa servida.  
Para que tú no vayas,  
las razas absortas  
se fijan en él,  
para que tú no bailes  
después del mar.  
Pobres los contenidos,  
pobres los que esperaban a la mesa.  
Pero yo también  
andaré sobre el agua  
para encontrar tu danza,  
pero yo quitaré de sus ojos las vendas.  
En el teatro español no corren las cortinas  
para que ella no venga,  
pero tú sí abrirás  
hasta que el hambre encienda,  
con gran gesto abrirás,  
en el coso prendido de la letra,  
en el sangrante coso de los indios.



Ay andaluz tan muerto de tu nombre,  
ay infeliz tan indio en la mesa sin hambre.

## Herejía

Al rellenar mi pluma  
unas gotas de tinta  
caen sobre el Génesis  
de mi aferrada Biblia.  
¿Escribo?  
¿me escriben un mensaje?  
¿la tinta es sólo tiempo que regresa?  
¿una gota del frasco de Lutero  
cautivo en un palacio  
condenado del rey  
vuelve hasta mí  
y embarranco en el pasado?  
Entonces el tintero  
golpeaba  
al Enemigo de las Traducciones.  
Pero hoy que escurrió  
de mi pluma  
la noche reformista,  
la rabia de Lutero  
cayó en la traducción  
donde me instruyo.  
Todo inversión:  
¿dónde se ubica ahora  
el Principado de las tinieblas?

## Mantel

Mar y la sobremesa:  
a su modo otra mar.  
Ceniceros colmados,  
las botellas vacías,  
el mantel  
por mujercitas chinas recamado,  
el pan sediento  
aunque quede otra copa  
de ron venezolano.  
A todo trance estoy  
sobre el plano olvidado,  
aunque hay café todavía,  
la plata brilla  
entre los simulados edificios,  
agua mineral, queso,  
verdosos tiranizan a lo lejos.  
La eslávica mezquita del vinagre,  
sal, pimienta y aceite,  
como en el mar, me alegre,  
como a medias de una tonada negra;  
qué compromiso, mesa blanca,  
como desposada,  
alegre y puritana.

## Palenque

Verde rumor de ajuste con las ruinas,  
minutos-matices,  
gama de la avalancha,  
nombres que zumban símbolos,  
murciélagos que chocan  
contra el terror interno  
y blasonado de las cámaras.  
Balancán, Macuspana, Chiapas, Tenosique,  
un Quién Soy Fantasmal  
se alcanza a ver doblando la caliza,  
irse como destello alucinatorio  
hacia otros tiempos-nido,  
hacia otras plazas del ritual.  
Sobre los dinteles habían escrito cuerpos  
tumbados de indolencia,  
arte de friso, mudo,  
ante plazas sepultas.  
Ahora están callados, desportillados,  
borran su blanca permanencia;  
los arqueólogos resucitaron  
la autoridad de un principal,  
tan sigilosas como afiladas las furtivas caras,  
lo admiraban temiendo,  
y mujeres calladas  
eran ornato, racimo de instantánea dolomía,  
sobre el tejido blanco y una flor,

restos hallados en los cuartos sellados.  
Afuera, el sol.  
Por eso los interiores más recónditos  
lloran su filtración,  
una gota que cae en la mazmorra,  
sobre un cráneo insurrecto,  
penas que no entendían los hispanos  
azorados, peligrosos,  
que se asomaron.  
Y afuera el sol, sí,  
emblemático, detenido en el cielo.  
Desde el tiempo feroz y cenital visión  
se ve cruzar la devoción de un pulcro citadino,  
tocado de plumas trenzadas,  
menudo y pulido;  
de acercarnos,  
encontraríamos una mirada clara  
y benévola,  
como de pájaro regocijante,  
una simpatía ancestral  
se nos vendría encima  
hasta confundirnos,  
embarazados estaríamos entre murales primorosos.  
De pronto,  
acre sensación  
por cruzar tiempo antiguo.  
Resuenan los insectos persistentes  
en el paisaje reducido  
a una ventana rota,  
los edificios logran una intimidad irreversible  
que no nos abandona, no,  
aun al despertarnos

sobre una cornisa  
con el arroyo sibilino  
que retuerce su frescura.  
Palenque sí.

Construcciones enhiestas mutuamente calladas,  
la ciudad entre profusas lianas,  
y al pie,  
esmeralda fugándose entre espumas,  
la sabana.

Senda estrecha es el ánimo;  
la psique  
vereda insegura,  
terreno fangoso,  
«íntimamente».  
Otros declaran ir  
con bandera  
restallante de gozo,  
con mirar impertérrito,  
seguros de un final honorable.  
Están contentos sin dudar,  
en eso estriba su virtud.  
Pero ¿acaso están convencidos  
sólo por no observar  
desaliento en el espejo?  
De todos modos ¡vaya disciplina!  
qué resistencia tan profunda  
cuando marchamos vendados  
junto a precipicios.  
El mundo como correspondencia  
determinada,  
inaccesible por vía del sueño,  
predestinado,  
mientras la nada acecha  
a cada instante  
con su boca sedienta,  
con su mano alargada entre barrotes.  
Leer: predisponerse

hasta la asociación sin límites,  
estar en trance con un mundo imposible,  
llevar este pequeño libro y sus ideas  
al conciliábulo oscuro  
como una mole de hierro.  
Se encamina al insecto hasta la hoguera  
donde arde su misterio,  
en un reflujo de luces que insinúan rutas.  
Sentarse a leer: disciplinarse con castidad;  
con medida modesta y arcaica,  
dispararse en el universo  
e intentar la atención de un gigante  
maligno y remoto,  
y olvidar.  
Los libros que son párpados cerrados  
de la Biblioteca inmensa,  
cápsulas de dolor.  
Una mano blanca y ciega  
palpa un volumen,  
lo abre y abre las alas una mariposa muerta  
y el ciego ve,  
observa en el propio relente del asombro  
el Museo de la Inteligencia,  
fondo del mar donde nada,  
nada,  
sin arribar del todo a la Casa de Cristal  
que ondula  
cuando es vista entre lágrimas.  
Quizá algún Libro de Oro del Pasado  
evoque siempre a su lector casual,  
que acude al fin,  
se presta,



y ya sentado en su Máquina y desvendado  
desvendado,  
revela ser el otro,  
el gigante remoto que insistente llamaba.

## Mixtura de un día

A duras penas, correr.  
Unos niños dorados  
se derraman  
al pie  
de añosa bugambilia;  
bugambilia,  
bugambilia  
erguida  
en la memoria umbría.

La mañana atravesaba descalza por el afán de los obreros; coleccionaba sonrisas de rostros sin valor alguno, hojas secas del suelo de otoño; saltaba alguna anécdota inefable.

No, no, nunca ¿qué importancia habría tenido insistir? El poblado flameaba, era una bandera entre gas incandescente. Las modestas biografías alzaban los párpados y mostraban por primera vez los ojos desfondados y era mayo, mayo invencible, irredimible de carmín, con su fragmento de tiempo entre piernas, mayo, mayo, mayo, la caída de algún árbol viejo había podrido el aire estancado, vigesimal, dotado como el dorso de un héroe sin rostro, demasiado nuestro para haberlo tenido, y en una flor desaforada, bañada de polvo amarillo, parpadeaba un diminuto animal, sol así, sol de aire, de viento de aceite impensable (cuando esto digo, los pobres recursos del mundo se estremecen).

¿Quién eres aquí, qué hubieras querido, habría valido la pena gritar, herir? La tarde antigua se cierra y es un

instrumento tocado hacia arriba, el día de nuestra memoria se fuga flotando entre piedras; los nuestros se van y nosotros nos quedamos siempre, solos, siempre es así. Las muchachas del país, muy miradas con rabioso deseo, han adelgazado a fuerza de iris, a nivel fundamental; un electricista-león-amolado, encaró a una de ellas de joven uniforme; sería culpa nuestra que llegaran a desaparecer del modo máspreciado.

Me sembré en el sentimiento  
caballitos de tequila  
para ver si con el viento  
mi canto congruencias hila.  
Pero no, que el verso, entiendo,  
no se forja en cabalgatas  
ni más o menos mintiendo:  
camina sobre alpargatas.  
Me puse —esto creo yo—  
un consuelo metafísico  
pero ni el viento escuchó.  
Ya que me dijera quien  
padeciere un triste olvido  
para propinarle cien  
canciones sin sentido.  
Ya que me dijera ruin  
quien no pudiese conmigo  
para hacerle de satín  
ambas calzas y el abrigo.

## Del uno al tres de enero

Días que como pausas amplias  
se detienen.  
Globos que escapan de un domingo;  
son arrepentimiento detenido,  
y suelta penas por las calles.  
Va y viene su silencio,  
entre torpes intentos  
del engranaje sólido: los hábitos.  
Algo se fue por mar,  
se hundió en sí mismo,  
se deshizo entre dedos de bruma,  
algo, entre leves tristezas  
y los pasos ahogados  
de un demencial gigante;  
nuestros días,  
nuestros modestos hechos.

## Adiós a Ignacio

Que otra vez Elvis Presley resuene de tiempo,  
de los días perdidos de sombras,  
del *Love me tender*,  
*It's now or never*,  
*Heartbreak hotel*,  
baladas como manto  
en pubertad lejana y toda ida  
y deshecha entre dedos  
como arena refinada !hop!  
Mañanas tibias de la breve ciudad  
en la sala  
de Nacho Cortés Illán  
ajedrezada e impecable,  
con helechos y su radioconsola,  
guárdenlo estas palabras de siempre.  
Horas del día que eran como un culto,  
tiempo que se mece  
con el acre sabor de un Delicados  
y la bárbara energía de saber  
que vendrían las muchachas  
y que juntos iríamos a la escuela:  
yendo por el café  
de un pensionado  
del Escuadrón 201  
con aires de rockola,  
como quien mira en la verberación

su hato de ovejas.  
Pero mientras sonaba el criollo rey  
en el acetato  
nos asíamos a los barrotes del balcón  
la calle desierta pujaba  
bajo las ruedas de un fordcito eventual  
y el mundo daba su giro inmejorable.  
Los demás ya irían rumbo al Instituto  
Rebeca y su hermana, Tony Puig y Marcín,  
Pepe Guimond, Miguel Yabur, los Bravo.  
Alguien más estaría en el casino.  
Suene otra vez  
la tonada del nunca más  
con su ayer fugitivo  
y su aroma de rosas,  
del tiempo que se tuerce  
como las orlas de humo.  
Y ya está: no volverán a ponerse  
más a mano  
que estos rápidos versos  
los cómplices de entonces.

*i.m. O.W. Milosz*

Tú fuiste a lo largo del camino  
la que prendiera la antorcha y guiara  
por los infinitos pasadizos bañados en sangre  
hasta emerger en el gran salón luminoso  
donde tremolaban las llamas.  
Tú fuiste quien diera un vuelco al infierno  
y revirtiera su veneno por medio de Eros,  
allí donde los páramos de hielo  
susurraban las últimas consignas de muerte  
y yo estaba impedido por el remoto país de la infancia.  
Fuiste tú la que bailara en el templo  
y advirtiera  
que el cielo gris estaba a punto de despejarse  
como solía ocurrir después del caos.  
Ahora, habiendo visto el paisaje,  
reposados y satisfechos,  
di,  
a dónde habremos de ofrendar las flores,  
di,  
si el dios que nos toca está conforme con los sacrificios,  
di,  
que no hay cancerberos en la Puerta Mayor.  
Hubiera sido impensable llegar a estas alturas del  
camino,  
hubiera sido imposible apartar los siniestros velos



oscuros,  
sin tu señal iluminada, ser de pasos ahogados  
de pequeño felino,  
de alas de un papel tan delgado  
que ni el fuego voraz encuentra tiempo para la saciedad,  
previsora de los abismos disimulados.  
A la honda hora del vino volviste renacida,  
había una mancha rojiza en el mantel  
y al lado picoteaba migajas el rruiseñor,  
yo había ya digerido la vieja ostia de los hermanos  
y por si alguien hubiera faltado a la mesa  
un rayo de sol limpiaba de sangre  
el dorso de su cuchillo  
y te tomaba de la mano  
frente al paisaje que adquiriría  
una peligrosa velocidad,  
tiramos la sal por el hombro izquierdo,  
rezamos sin proferir palabra,  
hicimos promesas de volver.

## Paloma

Palomona está echando reflujo de paloma,  
cabecea las erres, las plumas tornasola.  
Palomona está henchida y apechuga,  
jabona su colaza, martilla su coyunda.  
Palomona es rastrera y tumefacta,  
avara, regañona, prestamista,  
lo peor: pechugadeángel.  
Palomona, calandra y cantimplora,  
cobra rentas, joropea culeca,  
es azul, gris, morada y nacarada,  
tiene ojos amarillos de calaca.  
Está alarmada de verse sorprendida,  
sale al balcón, invoca a los gendarmes,  
va, se regresa al nido, redobla sus pujidos,  
deletrea mezquindades,  
tira un vuelo, abanica y palmea,  
come tierra, aparta cagarrutas para las vacas flacas.  
Cicatera, machacona y cansina.  
Repite sus oficios de usurera.

## Cédula de la estatua

Pasó,  
caminaba y entró al Museo,  
sus pasos erguían la estatua  
que el tiempo tocó,  
se perdió en las sombras  
se perdió en las salas,  
no sé si un viajero,  
acaso ella misma  
esta escueta cédula  
a sus pies dejó.  
Miré por la trama  
de madera  
arriba,  
que separa el tiempo  
del mío fugaz  
sin otro motivo  
me fui de aquel río  
donde reflejóse  
dos veces,  
su faz.  
Y un vacío vivo reptó por el suelo.

## No está el gato

Gente de mar,  
de la montaña,  
del desierto,  
la ciudad,  
de la tundra también  
y de la selva;  
venida  
al escenario  
contrita o entusiasta  
al misterio  
colada de miedo  
como quien se pierde  
en estepas heladas  
dura  
tostados rostros  
entre la brisa gélida;  
pasa  
incomprensible  
a veces con el júbilo de existir,  
a veces  
oscura de deshonras,  
gente,  
sus filas,  
sus delgadas creencias.  
Lo único fascinante  
es la diversidad de la mente

las causas de esa diversidad  
para mí son una fascinación  
lóbrega;  
hay quienes las ven  
radiantes  
o se esfuerzan por verlas.  
No hago ese esfuerzo  
he allí la diversidad.  
En cambio escribo versos  
ríspidos  
como manos  
de quien a diario va de pesca.  
¿Dejé o me dejó  
la ciudad?  
Quise al próximo  
con el salario de mis luces  
como propugna hacer  
la tropa entera.  
Confesé y me arrepentí.  
La fila interminable  
me domina  
desde su oscura vastedad,  
de repente  
soy pleno y justo,  
de repente  
oscuro y servil  
pensar llega a ser grave insistencia  
qué felices las síntesis  
del mundo,  
del tiempo,  
de la hosca faena de pasar.  
Orondos,

lánguidos,  
hay que enfrentar de nuevo  
el sol naciente,  
vuelan días,  
se acumulan sombras  
de existir,  
convicciones también  
en otros hombres;  
de repente  
por el gusto de haber visto  
a mi padre  
gustar de la poesía  
también traté conversos.  
El rico desprecia  
el lamento del pobre  
convencido de su razón  
pero le faltaría convicción  
sin su enriquecimiento;  
la rabia del menesteroso  
y la indiferencia del opulento  
van,  
descuellan en guerras:  
más dolor,  
más miedo;  
con el sol vuelve a crecer la confianza,  
siempre es así  
y no digas siempre,  
siempre, siempre,  
siempre;  
ni digas  
nunca, nunca, nunca,  
nunca, nunca:

para el tiempo  
que tienes  
de pie  
sobre la tierra  
no digas tierra.  
Cuando alistamos  
el viaje  
e imaginamos  
sorpresas  
cuando lloramos  
y gozamos;  
el fiat de la juventud  
es una buena vela  
de blanca seda  
«pero el tiempo  
es traicionero y vengador  
a pesar de tu sonrisa»;  
ni el humor nos salvó  
que sólo es efecto  
de estar confortados  
bajo el sol.  
«Yo iba a decir algo,  
vine aquí para decir algo»  
por el deseo.  
De repente  
adviento  
a mi hijo de pocos años  
y entonces comemos galletas;  
la perra  
tuvo perritos,  
no está el gato  
mientras atardece.

La palabra  
es algo,  
ilustra otras palabras,  
palabra de palabras,  
abracadabra,  
la palabra  
pugna por un monumento  
a nuestra propia  
muda admiración  
la palabra.  
«Yo estoy en donde estuve»,  
en la fuerza de estar  
densa y ardiente,  
en la sed de beber  
si juzgamos el mundo;  
fuimos malvados de ignorancia  
y el deber de iluminarnos  
fue una escala  
cuyos puntos jerárquicos  
uno exigió del otro,  
claro  
no siempre  
sin dignidad  
ni madurez  
o valentía,  
pero era preciso  
establecer un orden  
aun imprevisible,  
de otro modo  
ya vimos  
hasta dónde llegamos  
por un pan



y un poco de contento  
bajo el astro esplendente.  
Te vi llegar  
dice la madre,  
el hijo:  
te vi partir  
y en medio siempre,  
brumas de mundo,  
si ya se sabe,  
gozos también.  
Vuelvo  
al partir de tarde,  
a la vieja serenidad,  
a la brisa confortable,  
veo sonreír a mi gente.  
Vamos,  
al fin;  
quisiera decir  
algo  
muy amable,  
muy bello,  
perfecto,  
quisiera hacer  
el bien máximo  
a la humanidad  
que no me deja,  
no,  
sino humanizarme,  
ser otro  
en el concierto universal.  
Dicen que vienen  
duros tiempos

nunca vistos,  
dicen  
que todo se va a resolver,  
dicen  
que somos  
simultáneamente  
risa y llanto;  
¿eternos?,  
¡quién sabe!;  
¿heroicos?,  
no queda alternativa,  
dicen,  
que no muere nunca  
quien pone buen ejemplo;  
hombre que vive  
sólo,  
de ser hombre  
se esfuerza,  
va adelante,  
soberbio también  
de creer  
que hace la historia,  
de creerse  
tan serio  
por los demás,  
ya sabes,  
sí, que es cierto;  
por amor vinimos,  
por gustarnos,  
no por voluntad,  
por fuerza ciega,  
incomprensible

e inmemorial;  
«solo serás como si no hubieras sido»,  
dice el poeta inglés,  
es inútil  
y es útil referirlo,  
todo depende.  
No va a acabarse el mundo,  
tienes tiempo,  
al menos tienes tiempo,  
siempre tuviste tiempo;  
fuera del tiempo  
ya vas siendo impensable.  
Pero el tiempo  
te destempla,  
eso sí,  
y viceversa;  
pues cuando pasas  
dicen  
se va entero contigo,  
vuelve la sombra muda,  
la que cobija  
a tu padre y a tu madre,  
vuelve la nada inmensa  
y sibilina,  
vuelve la nada inmensa,  
vuelve la nada,  
vuelve.

## Yantar a solas

De gran palique estamos platicando  
entre arcaísmos de Castilla vieja,  
un tinto fui muy amplio y afrutado,  
un cordero en su jugo buen asado.  
La gente es gens y bien portada,  
uno no es sino soya y soy,  
obvia Segovia  
se carece de plenitud,  
de esposa y de hijo,  
hace calor y es corta la delicia,  
herejía de Dios no hay lumbre que me encienda.

*Segovia, 9 de septiembre de 2003*

## Tonadilla

Aspiro de la tarde, largamente, su cielo,  
me percató que soy sin importancia efímero,  
ya volveré a los días que me ocupan, de hielo,  
regresarán las horas memoriosas que espero.  
Qué raro es el mundo, di,  
que el placer no es para ti,  
perros de muerte te hostiguen,  
penas son: que te castiguen.

## La ciudad

Aprender a mirar la ciudad  
sin fatiga del juicio  
contra símbolos y fantasmas.  
Aceptar que a parte alguna  
no va nadie,  
ni Eros ni Tánatos,  
que los brillantes lujos de salón  
que se miran pasando  
se apagan cuando cesa la mirada,  
vuelven a la ceniza,  
al hierro calcinado.  
En cambio  
hay que mirar bien una escasa ventana  
hasta notar cómo evolucionan  
sus orlas de sueños  
escanciados allí  
por el último bruto.  
La madre con el bebé,  
cómo lo trata en su androginia,  
cómo baila la mujer,  
mirar la frente de los hombres  
tatuada con la rosa del útero;  
su pensamiento,  
es el deseo de ella,  
colectivamente en la ciudad  
es una banalidad pasajera,

una tontería de siglos acumulada.  
Mirar la ciudad  
y saber  
dónde nos desparramamos,  
qué fumamos, qué bebimos.  
Se extrañarán las antiguas tabernas  
donde se descansaba de la nieve  
o del polvo.  
Unos pagan por comer  
otros cobran por dar la comida  
¿cómo se hizo dicha economía?  
Unos mandan a fuerza de poder,  
otros escuchan,  
el mejor no está en el trono,  
es una vieja historia  
de garrote iniciático.  
La ciudad no tiene  
ni principio ni fin,  
hay una conversación  
en el pretil del pozo,  
sigue la ilusión robótica,  
alguien que saque el agua  
mientras se beba luz  
en unos ojos.  
Al partir  
viene otra generación  
a continuar con la escena fija  
y así se pasa  
con el tiempo  
de la ciudad  
no es que haya olvido  
puesto que iguales eran todos.

Correr es necesario  
y sumarse al tumulto  
que cruza la calle,  
voltear el rostro hacia el balcón  
del olvido,  
un instante,  
el que permite la estampida,  
se entiende  
que nos perdemos  
al lado de los demás.  
Se debe rogar por las sabias frases  
del sentido común,  
las «no te preocupes, ocúpate»  
y otras cosas del género.  
Para terminar cayendo y cayendo  
sin parar  
en el abismo demencial  
mientras que arriba  
resuenan las pisadas  
de otros que como tú, marchaban.  
Aferrados a la plaza,  
a la parroquia,  
al bar,  
a la imagen del regreso de la tienda  
con una bolsa de papel,  
pegado el teléfono al oído  
que busca y busca la voz



del fantasma perdido.  
No detenerse,  
hablar con alegría en las mesas,  
mirar los justos pantalones de Venus,  
esquivar los rostros degradados.  
De un refectorio  
sale «la connotada»  
acompañando a «su sacrosanta»  
el fin de semana  
cuando se da el lujo  
que baja de su fama,  
se apoya en un bastón  
(cojea un tanto)  
está tocada  
con un sombrero jipi-japa.  
El camarero mira  
con piedad y comprensión,  
no así las señoras veteranas.  
Rin, ran, rin, ran,  
tíquiti-tac, tíquiti-tac,  
los glúteos generosos  
al compás  
de la callecita  
que se hunde en sí misma.

Ni luna ni victoria,  
las familias, internamente, aplauden.  
Están en un comedor  
un tanto oscuro  
pasando el calor;  
el heredero arrastra su carrito  
por el borde de la mesa,  
los pulcros abuelos sonríen  
de su destino en fotos amarillas.  
Afuera insisten los vehículos,  
el asfalto oscuro rechina  
de odio solar,  
la muchachilla de la sala  
se contorsiona un momento  
al golpe de un disco fugaz,  
exorciza, epilepsia,  
fuma, tiene un tatuaje,  
su hermano menor  
tiene curiosidad por sus arranques,  
ella lo ignora profesionalmente.  
Lo externo al comedor  
podrá caerse a pedazos,  
los familiares se bastan,  
pero afuera  
retumba y recicla el domingo.  
A pesar de los claustros  
la ciudad ulula,  
entera y despeinada

se agarra de una sirena,  
los árboles resisten  
su ahistoricidad,  
los edificios con sus disparates  
comisionan a una ventana negra  
que traga el vuelo de golondrinas,  
la invención vacaciona.  
Por la tarde aparecen horarios  
de espectáculos,  
los anuncios tiranizan  
desde las azoteas.  
Sólo están despiertos los criminales  
por más que cantes y bailes.  
Ya va a venir tu madre  
con sus pollos,  
el abuelo con su jarra de vino  
y una boina.  
La ciudad masca vidrios,  
tuerce barras de hierro,  
oculta bajo las faldas  
su tren ligero,  
tiene a los ebrios loros de siempre  
aferrados a las barras,  
las ancianas reciclan parsimonias,  
las muchachas mean.  
¿Quién dijo yo?  
Canta el gallo de las novelas  
recordando tedios y tristezas  
de labriegos,  
aquí no pasas, perro,  
primero quítate el sombrero,  
aquí no meas, ni cagas,

quédate allá,  
te va a matar el Diablo de la Bolsa,  
te va a caer encima un monumento,  
tú no sabes triunfar, no eres gramático,  
ten mucho cuidado  
ahí vienen las pirujas despeinadas,  
pelo negro, diente de oro,  
quitan el pan envuelto en el pañuelo.  
En las bibliotecas  
vibran los óleos de los antepasados,  
hacia donde vayas te miran,  
las bibliotecas rugen nombres cristianos,  
«Juan Castillo Ruiz, Juan Castillo Ruiz»  
pasan por alto el nombre.  
Unos nacen otros mueren  
en el mismo segundo,  
los censos hipocráticos  
se atusan los bigotes del cinismo  
¿ya viste el puente?  
¿cuántos crees que han pasado por debajo?  
Ahí está tu perro del candor,  
los ancianos acuden a los bares  
como sombras  
que arrastrasen andrajos,  
ya es la una, la hora del amigo,  
los muchachos de antaño.  
Va a llover.  
Va a llover oro y lodo  
por si abres la boca  
cuando pregunte el juez.  
*¿Quién pompó?* dice la madre al niño,  
*ponpón la calabacita*, al bebé,

*ahí viene el coco*, a la niña,  
y tú, ve y chinga mucho a tu madre,  
sigue fumando.  
El bebé de la carreola  
le dio con martillo de plástico  
al papá que agachado  
le decía jeringonzas,  
a pesar del golpe continuó,  
ahora con el tema del martillo,  
«matillo-matillo-matillito»  
aún por encima  
de la cara de canalla del bebé.  
Se oyen las voces,  
las frases increíbles de la calle,  
la locura coincidente  
por todos los poros  
del pensamiento.  
A pesar de tu muerte  
no te puedes quejar,  
no te puedes quejar  
¿comprendes?

No dejaron rastro de nada.  
Los planos fueron conspiración oculta,  
numérica,  
iniciática,  
para laberinto de poeta,  
el pobre tonto caído en la primera trampa.  
Lo demás era obvio:  
la ficción de la propiedad,  
los brazos abiertos del hostel  
que se esfuman  
en las angustias de la madrugada,  
la mojiganga de Eros.  
Cuando el planificador  
pensó en los cimientos  
ya era un hombre acaudalado  
montado en la estupidez  
de la sonrisa colectiva,  
las casas se derriten  
llorando en la fuga  
de sus hastiales,  
la reina de la noche  
con su oficio antiquísimo,  
engrapa en las solapas  
las promesas,  
cuentas qué pagar al final.  
No tiene objeto  
la curva que desciende  
en un recodo,

la estatua de la pequeña plaza  
se encargará  
de toda humillación concebida,  
las ancianas  
más allá del jamón,  
son los jueces de la noche,  
cría cuervos,  
maldice tu ignominia.  
Y hay que tener cuidado  
con las campanas de la iglesia  
y con el músico de la calle:  
entidades que no aflojan la mordida.  
El cojo y el mendigo,  
apenas un aviso  
de lo que puede llegar a ser  
la ironía,  
paga,  
pide la cuenta y paga,  
adonde vayas  
hay leprosario y manicomio,  
familias, policías, prostitutas,  
el sabio  
es la última transacción del almacén,  
un bien que no por ser propio  
es garantía,  
dados que tira el Diablo.  
La noche es terrible  
cuando baja por la callecita,  
sólo brilla  
la hoja del facón,  
casi siempre los despojos  
que se hallan al amanecer

son los zapatos de una joven mujer,  
es el amor,  
lo demás son negocios.  
Claro que hay jardines,  
claro que hay carruajes lujosos,  
albercas  
y ambrosía,  
pero nunca ocurrirá el fenómeno de la certeza  
en el centro de la ciudad,  
siempre es el margen  
de la excepción,  
algo muy cerca del lobo  
y de las motocicletas  
que aúllan en la periferia.



Sólo la plaza,  
el perro de la angustia,  
la pobreza,  
un pan  
y el sepulcro de los edificios.  
El mendigo no puede olvidar  
que fue muy gallito,  
la octogenaria  
se ladea como un navío  
y empolla destemplanzas  
que considera dignidad  
y abolengo.  
La jovencita  
se hace invisible en su hermosura,  
el funcionario  
y sus arranques  
que cobra con creces,  
mientras la negra boca del templo  
escupe una sotana,  
le va a ir bien al perro con su hueso  
y su meada en el árbol,  
los obreros nocturnos  
pudren las entrañas  
de los desagües  
mientras sus mujeres  
roncan frente al televisor,  
pero será mejor  
la rata previsoras,

Don Juan y sus quehaceres,  
España, Francia y México;  
el Presidente pierde los bigotes  
al final del discurso,  
marchan los tanques,  
retumban las banderas,  
un niño se hace pipí de miedo  
mirando la película  
y no era para menos,  
cuando cierren los bares  
llegará una mórbida racha de viento  
a jugar con su misterio  
en el centro del parque,  
lo mejor y lo peor  
coinciden al instante,  
gritos, pasmos, suspiros,  
el cirujano se lava las manos  
postoperatorias  
y trata de conciliar  
su sueño escéptico  
mientras que la enfermera lo recuerda  
junto a la sangre;  
qué odiosa es la seguridad  
de los potentes, dice,  
le choca cómo aborda su coche  
el ministro, no el médico,  
entre guardaespaldas,  
ya vas a ver cabrón,  
calamidad nunca llega sola,  
los barrenderos de la calle  
saben muy bien qué te inyectas  
y el organillero

pone a bailar a su ahijada  
con un monito,  
tin, tin, suenan las monedas  
en el tazón  
y los ocupados serán las víctimas  
de lo mismo,  
a los preocupados  
se les blanquearán los ojos.  
Perro y terror,  
los puros y sus cancioncitas  
mientras las lésbicas  
mastican semilla de calabaza  
que endurezcan sus bíceps.  
La plaza y el coche,  
la bandera de Palacio  
en el viento de la noche,  
el comercio que cierra,  
el peligroso joven que patina,  
un cajero automático  
en las sombras  
se ríe de sí mismo:  
el turista ya escaló su idiotez,  
comió bien, cagó,  
si tiene un margen  
demostrará su sensatez:  
de todos modos sabe llegar  
a los mejores lugares  
y frente a la tumba  
del rey viejo  
murmura incoherencias;  
cuando parta,  
una ambulancia de fondo,

los gigantes quebrando las baldosas,  
el titán del orden resonando.  
Era un callejón  
el que te llevaba de la mano.  
De pronto descendió,  
se hundió en abismos,  
en tu bar del diario  
Frankenstein te preguntó de pronto  
qué querías tomar,  
la bruja escandufa  
te sacaba a bailar  
al observar tus zapatitos,  
válgame Dios, dijiste,  
cómo llegué a este punto.  
El callejón  
ahora es un tren solo  
que va al trabajo  
y tus colegas  
son kamikazes terroristas,  
no le hagas caso al abuelo,  
ese lo que quiere  
es chiflar su cancioncita,  
asestarte las mismas paparruchas  
para liberarse  
también de ti,  
con su sonrisa postiza,  
con su boina gastada,  
yo te lo dije, te dirá,  
no me dirás que no,  
ahí está tu hermana,  
ni un tostón consiguió,  
ahora, que si quieres aprender

ya es cosa tuya,  
mira los muros: nada;  
las banderas,  
los coches.

## Cuna

*Estas ruinas que ves*  
y esta comarca de ausencias  
y de polvo  
fueron el escenario  
donde a voces grité  
mi canción íntegra.  
Nunca más volvió.  
Y yo aposté  
mi honor de trabajador.  
Estaba visto:  
así, este mundo no era para mí  
y yo aferraba todavía  
mi guitarra cándida.  
Donde te halles  
recuerda solamente  
que te quise  
y que fue cierta mi elegía.

San Juan de Ulúa, 21 de abril de 2004

De qué está hecho este fulgor antiguo  
que se prestó a mis ojos fugazmente  
y fui un testigo ubicuo y ambicioso.  
Fue de luz nada más  
sus construcciones se deshacen de herrumbre  
con el fluido del tiempo.  
Contra la balaustrada  
se cuelan todavía  
mis felices deseos  
que acaban retorcidos  
en el azul lejano de la mar.  
Pobre de mí  
que fui verde energía de pasiones,  
más pobre todavía  
el cielo que contempló  
la escena cotidiana y simulada.  
Ya no pude ser bueno ni constante,  
una barca sin remos nomás a la deriva,  
un testigo inservible  
del instante que pasa como el vuelo.  
Como el sueño mi candidez,  
como el miedo mi torpe izar los días.

## Cihuateteo

Divina esencia mi nombre de mujer,  
mi corazón es muerte, que te ofrezco;  
mi diadema es de cráneos,  
hay calaveras en mi basamento.  
Por eso te detengo:  
amarga vida no avances más conmigo.  
Espantable en las noches  
ante niños y hembras  
aunque venga de Cincalco,  
aunque venga de la Casa del Sustento,  
muero venciendo;  
cuida por eso  
que no arranquen mi brazo los muchachos.  
Me fui pechos al viento,  
atada en la cintura llevaba una serpiente.



Malhadado Satán,  
perro infundado.  
Las más amargas crestas  
de existir te han dado  
visos de patán,  
te han dado en igual forma  
restos del don monótono.  
Y tú muy bien parado  
muy bien y afortunado.  
Mientras más te avvicinas  
mejor cantas tu tonadilla gris,  
mejor enredas tu filípica sabia  
y rana  
mejor croar no escuchan,  
tus retóricas  
más ponzoña malvada  
no sufren tus ideas,  
campo abierto de espesa estercolera,  
cuna y suero más denso el de tus bóvedas.  
De pronto perro y ascuas.  
De tarde en tarde el vómito.

## La rosa

*i.m. Rosario Sansores*

Vi tu rostro indeciso  
como si fuera un valle  
donde en sombras hallamos  
escondida la risa.

Vi tu rostro prohibido  
el de cuerpos prohibidos  
el que lavas con agua  
escondida del mundo  
entre tumbos de risa  
y de colinas blancas  
entre gestos prohibidos  
de errada intolerancia.

Vi que no eras un puerto  
afogado de rosas  
camas rosas y polvo.

Vi que no eras segura  
para correr contigo  
que no irías al fondo  
de mi huerto prohibido  
que tan sólo soltabas  
en el ángel del rostro  
azucenas nupciales  
fugitivas serpientes.

Vi que estaba en tu risa  
mi desgracia de rosas  
donde aspirar apenas  
basta para perderse.  
Y me perdí corriendo  
entre tus flores blancas  
y me acabé aspirando  
tus dones contingentes.  
Después del mar no hay fiesta  
tus blancas yeguas  
desaparecen  
y hay un clima de parias  
y en los labios amarga  
un lobo amargo y árido.  
Y una densa tonada  
te habrá perdido siempre  
y un pañuelo remoto  
se agitará en el aire.

## Dos edades

Qué triste es el día instalado  
en su casual secuencia de minutos,  
colgado en su estampa de sol  
y tráfago,  
con sus trabajadores y sus desocupados.  
Desde el café mortífero de un martes  
se ven las astas de agua de la fuente  
y el contraste tejido de la luz con las hojas;  
asierra el carpintero,  
el albañil golpea sus ladrillos.  
Esta instantánea demencial completa  
también puede observarse  
con la alegría y el candor de niños.

## Jalpa

Hay algo voraz,  
fatal,  
de perro cancerbero  
resguardado del clima  
incuestionable,  
que camina con piernas de mujer,  
como si un circo entero caminara  
de manos.  
Clima implacable,  
renuente al perdón;  
hay algo  
lejanamente acabado,  
un perfil de orín  
y polvo  
y sin embargo,  
cuán drástica  
es la suerte  
de haberme signado  
de este modo.  
Este modo,  
sin rival en París  
tal vez en Brahmaputra,  
festín  
de inmunes niños  
que festejan impasibles  
la santa alegría

del *Australopithecus*.

Presencia y desaparición  
cruel naufragio de tinta  
y preestima.

Son la 4 p.m.  
y la tiranía mayor  
de escarpa y plaza  
contiene el aliento  
y el hombre se recarga  
en un pilar, un árbol  
hasta que pase el tiempo  
irremediable.

Morir no es triste  
o lamentable,  
el destino tiene una forma azul  
y predecible,  
la maquinaria  
hecha por el hombre  
suda y se derrite  
y no hay amor que valga,  
no hay quien ose  
pisar el ladrillo  
de la tarde,  
sólo los locos danzan  
y las razas demiúrgicas  
que no se cansan, no,  
del sol.

Una paleta de limón  
es la ilusión más simple  
y el reo que recoge  
la basura  
recuerda vagamente

la grandeza de Roma.  
Ya sé que no hay lugar  
en el mundo  
no hay precio  
ni distancia  
como en Jalpa,  
aquí vimos arrancarse  
la ingenuidad de la tierra,  
joderse el tiempo,  
dislocarse el olvido  
a la luz de dos copas.  
Cómo socorrer  
la luz del fuego del sexo,  
bajo los almendros  
escondidos del sueño,  
sudor impensado,  
fui,  
soy aún,  
molicie y sebo  
proyectado  
por un tulipán  
en oreja coqueta  
y sueltas manos.  
Abandono del miedo  
a los pantanos,  
turgencia  
en los dinásticos solares.  
Pones tu nombre en Jalpa  
y nunca más recibirás  
la sombra y al alcalde  
y nunca más  
te quejarás de angustia

y desamparo,  
y nunca más perdonarás.  
Con el hierro que canta,  
chilla y muere  
con la sal, con la sangre  
con vasta incomprensión  
y a quién le importa.  
Con el norte frontal  
halo de selva  
envidia de mujer  
entre las piernas  
andar de la indolencia  
y desaliño  
que sólo el joven  
es capaz de matar.  
Vibren las danzas  
y el tambor  
recrudézcase el gusto  
con agrio de cacao  
con tabaco sagrado  
y blasonado  
con café y con sudor  
de negras  
con el trozo de un árbol  
colgado con alambres  
y cuajado de miel  
con el deseo imposible  
y la luz  
con los pocos adornos  
que descansan  
en sombras  
con mi animal ecuatorial



vencido aquí y en honras.  
Bendito seas, Jalpa  
de mangos  
y jardines en templanza  
de olas norteñas  
de copas de altos árboles  
de «yo quién fui»  
de asidos perros cercándote.  
Das tus pasos y tumba  
das tus fiestas y tumbas  
el ánimo es coacción de la risa  
el ánimo es no verte  
y extrañarte  
el ánimo  
es partir  
hacia la nada que te asedia.

No sólo es tinta curvilínea  
detenida en las letras.  
Ni la pluma es la vara litúrgica  
conque un mago señale  
soluciones sobre el papel.  
Ni es como el pararrayos  
que en la tierra conduce a la nada  
del relámpago su cólera liberta.  
Hay quizá cierta concentración de enigmas,  
transferencias cenitales  
del reino de la perfección  
siempre perdiéndose  
ante el mundo que inculpa la osadía.  
Es un encuentro con el páramo del silencio,  
un reajuste de cuentas de la condena bíblica  
del sudor en la frente.  
Y por eso es fugaz y laborioso,  
desencantado y sombrío.

Por el pueblo ciego y múltiple que he sido  
sigo siendo apedreado  
en los profundos antros del cultivo.  
Tomado a solas y desprevenido  
como a un mandril obscuro  
fui apedreado  
sin saber distinguir  
la cobardía del envilecimiento.  
Me cubrí con los brazos huyendo entre las ruinas.  
Los rostros vengativos y severos de la caída  
la elemental moral de ciertos ojos.  
Una mujer compasiva  
a mis patas echó carroña envuelta  
que llevaba al regazo.  
Miré el mundo ondulante a través de la sangre,  
el sol sobre los muros derrumbados  
no era el mismo en los ojos  
de las púberes que pasaban.  
Era otra luz podrida y tenebrosa  
si esto puede ocurrir en el haz de los días  
o es tan sólo el envés  
de esta plegaria extrema.  
Los dioses no asomaban  
de sus epifanías,  
la razón se escondió  
como un joven suicida,  
apenas el mundo recalaba  
su cruel repetición.

El mono ha presenciado  
estas transformaciones.  
Desaparece a saltos entre ramas,  
su peluda desgracia,  
su querella ojiverde y visual.

El alcohol de mi amigo  
está mezclado  
con asombrosos festejos de pubertad dorada,  
donde ciertas insinuaciones  
en los labios risueños de muchachas  
se derraman como capullo en flor.  
A ellas las asedia un cabrío  
hasta orillas de un lago  
donde el sueño despierta  
su amargosa miseria  
y los cuerpos se esfuman.  
Su alcohol persigue  
un promisorio contento  
que sólo deja perseguir su alcohol.  
Quiere alcanzar la tumba del desasosiego  
y sólo llega al día siguiente lúgubre  
con su cobarde lápida  
de astroso mármol bajo guías de parras.  
Es la bandera al viento que presume  
la abolición de la morriña,  
algarabía donde los valientes  
ridiculizan la medida  
con advertencias  
de la inminente muerte igualitaria.  
Es pretexto de enmienda  
donde variados triunfos  
pierden su ocasión redentora.  
Él dice que prefiere

breves días intensos  
a la infinita pendiente del fastidio,  
que no puede evitar  
la euforia de los amigos eternos,  
que no concibe al mundo  
en manos de la inmediatez.  
No tiene sentido escuchar:  
la energía del habla,  
a grandes tramos de las asociaciones  
al vuelo del interlocutor  
es suficiente apenas  
a la apoteosis de la repetición.  
Su vida de lágrimas desfila  
bajo la irrisación del infortunio.  
¿Quién lo ha de comprender?  
Su hedonismo es sobrada razón.

No tiene abril más tiempo que diciembre  
para enfermar de mí la voluntad de hablarte,  
ni tiene tiempo, el tiempo de esperarte,  
más que el maíz que el buen labriego siembre.

## El ánimo

Equilibrio regulado por venenos de mundo,  
mientras que el alma es fiel de la balanza  
de frugales expectativas.  
Pero dicen que entrambos cocinan fluidos infieles  
que destilan químicos icores de traición pura.  
¿Cómo se restablecen los desmayos?  
¿Cómo vuelve a relinchar  
el corcel bruto por la escarpa del tiempo?  
¿Cómo regresan los peregrinos a encontrar su senda?  
El ánimo es la masa de los vivos  
que soplan bajo el sol  
las trompetas doradas de la inercia,  
el alma: una ilusión se encumbra en el paisaje.  
No tuvo lugar propio el desfallecimiento.  
Si la vida está flanqueada  
con aceros temporales pero ilimitados,  
como noche sin sueños,  
vivir sólo es brillo tendido  
en el filo de un grito,  
el chorro sin testigos  
de una caída de agua.  
Y la bruma trasciende  
sin meta aunque sin freno  
y el cielo azul, la eternidad sin nadie.  
No es concebible  
que el llanto de las generaciones



no haya estampado  
un sol definitorio  
a la vista del hombre.  
Jesús mintió. Mintieron Aristóteles y Sócrates,  
mintieron los poetas.

Muñecos, carteles, escenitas de la ciudad,  
entrevistas, edificios que se encumbran  
sobre los huesos de los albañiles  
cuyas manos idóneas  
para cachetear al Presidente  
están aferradas a los rieles  
de la concentración del trabajo responsable.  
Niños que lloran  
desde sus caras sucias,  
esposas cuya alienación subió hasta sus melenas  
y ahí se desgrefña  
como liendres caducas.  
Qué le va a hacer la otra,  
la del oficinista en su noche de negligé,  
si lo ve cómo viene  
con sus humos perdidos,  
y el analista político y su baba,  
donde resbala el perdón como sonrisa  
porque sabe que las secas las vende caras.  
Y cuando se empiyamen  
él y su compañera  
dejarán todo en manos del cine,  
lástima que no los vean  
porque de eso podrían echar a andar un proyecto.  
De todos modos  
se desjarreta el pedo,  
muy rara vez,  
pues ambos saben

que es dinero perdido.  
Qué nos dice el poeta:  
se construyó un arlequín infalible,  
con tales derechos en la judicatura  
que ya no pudo quitarse el tutú  
frente a la luna del tocador.  
Y la musa toque y toque.  
No, dijo, el albur, un recurso  
para el rapsoda popular,  
nosotros? cuquería limpia.  
¿El Presidente? Un gigantón  
lleno de tacos chidos,  
no se le sube ni el vino a la cabeza,  
gobierna la sencillez,  
sólo que en la bolsa  
las pendejadas van a la alza  
y en el país se extiende un aullido  
como chubasco a trancos sobre el desierto,  
pero qué tiene  
si todos nos vamos a morir  
como establece el ídolo del genio popular.  
A mí que no me frieguen, dice el éxito,  
yo sólo barro  
sobre la uniforme  
sonrisa de los festejos navideños  
cuando puebla el autoservicio  
y si hay imbecilidad  
yo mismo la asumo frente al pavo de las once  
de la noche  
y enseñe esos modos a los niños.  
Ni que fuera filósofo  
para andar dudando.

Lo que más me dolió, dijo el crítico,  
es que de un cachito de historia del fracaso  
hicieran una escuela  
donde me vi obligado a inscribir a mi hijo menor.  
Claro que no dijo «lo que más me dolió»,  
ni «cachito»,  
ni «me vi obligado»,  
usó sinónimos, perífrasis,  
¿con qué cara cobraría después?  
El fotógrafo Dios,  
con su camarita a un jeme de las caras  
arrancó increíbles mezquindades del mal gusto  
donde sólo falta él,  
megalomanía oculta apenas  
en un aparatito.  
Estos preliterarios,  
no se dan cuenta de nada, dijo.  
Ya la jodimos con el Gobernador,  
quiere que a fuerzas  
una brigada de pintores  
galardonados en el Louvre,  
pinte sobre el asfalto de su capital  
una réplica de la ciudad  
de modo que parezca  
reflejada en el agua  
aunque sin los problemas de la realidad.  
¿Los honorarios? boletos para el partido,  
pueden llevar su preferencia sexual.  
Es que la cultura es una inversión a largo plazo,  
decía el caudillo,  
desde ahora empecemos con granitos de arena de color,  
«ya vastiavé».

Cero y van cuatro dijo el editor,  
a la quinta ni vengas,  
como me ves te leo,  
como te veo me leerás:  
García o nada,  
aprenda a decir No  
y cuando vuelvas la décima vez  
o musa que te encienda un título,  
que le retuerza la cornucopia a la media clase,  
algo así como *El mundo de Leaky*,  
novela sobre la autoestima del *Australophitecus*. Dos  
tomos.

Se me apareció un antropólogo  
encabezando un movimiento  
para reimplantar el régimen sacrificial,  
por lo pronto él traía un penacho sobre el cráneo  
lirondo,

como yelmo lacedemonio,  
pero teñido de rubio,  
un alicate que le prensaba un párpado  
y aguja capotera en la nariz  
para desviar fluidos, dijo,  
a la hora de trozar los nervios.  
¿Por qué no se afilia? dijo,  
¿por qué no se muda al casado, dije al pasado, que diga  
al carajo?

No, contestó con acento argentino,  
yo soy un hombre roto, che,  
no tengo ingenio tojolabal  
ni popoloco que estuviera lo haría.  
¿Ya ves?  
Pues sí, me dijo,

típica reacción cristera, su argumento.  
Pero cuando veas el tiempo de la rueda  
hasta ponerte arriba a tu abuelita dormida,  
entonces te comprarás un bisoné.  
No le entendí.  
Pero el insulto de la esquina,  
como del propio mundo,  
sí se siente.  
Ya sé, alcanzó a agregar  
yéndose montado en una llama peruana que se  
guardaba en la manga,  
lo que terminarán por proponer ustedes,  
dijo que se refería menos a mí que a un posible editor,  
después de la cena de Navidad del Senado,  
es la regurgitación del comunismo.  
Tonto y loco, pensé,  
porque otra vez no le entendía nada.  
Así lo dejamos.

(Habla Banalidad Desesperada  
en una esquina de la calle 43 en Nueva York)

- Cada año doy con el vacío de mis nuevos propósitos.  
 —Si pudieras volar (dijo la otra voz del celular antípoda) podrías disfrutar de compañía, pero te has vuelto vieja y fea, ni quien se fije en ti. *Si pottrevi volare* (siguió cambiando inexplicablemente al italiano) *pottrevi, nonostante, fruire accompagnamento, ma ti hai fatto vecchia e brutta, non qui si fissi a te. E allora?*  
 —¿El mundo es siempre para los inexpertos?  
 —*E qual cosa sopporta uno sguardo profondo?*  
 —Necesidad, dijo Desesperada.  
 —*Nonostante gli strilli non rendono gli echi.*  
 —Te perderás buscando las monedas.  
 —*Tanto com te raccontando gli stelli.*  
 —¿No te das cuenta que a un cuerpo puedo venerar como a una estatua?  
 —*Certo, io si, ma non l'effigie che passa ignorante da te, banale.*  
 —No te entiendo.  
 —*Per cio torni ogni tanto a i tuoi scopi.*

Veo mi letra en el papel  
y sé que me sobrevivirá con sus caracteres retobados.  
Algo en lo profundo, familiar, me crispera la piel.



## Instancias mexicanas

## I

Qué de abismos mayores tiene el tiempo.  
Se diría que apenas los sorteamos  
por casuales uniones de puentes levadizas  
sostenidas por las patrañas del ánimo.  
Oh amigos: vosotros que os salvásteis  
de estas nocturnas guerras  
decidme cómo se vive y se escribe.

## II

Heredado terror que es muy certero:  
que al hundimiento diario del sol en la tenebra,  
naufagáramos sin fin en barca oscura  
sobre esta especie de superficie negra del océano.

## ÍNDICE

1 Mensagem .....	9
2 .....	11
3 .....	12
4 .....	13
5 Bajo luna llena.....	14
6 El provinciano.....	16
7 Adivinaja .....	20
8 Identidad .....	21
9 Hojas .....	22
10 Presencia distante .....	23
11 A tiempo .....	24
12 .....	25
13 Huitzitzilin .....	26
14 .....	29
15 .....	31
16 .....	33
17 .....	35
18 .....	37
19 .....	38
20 Muere mi padre .....	39
21 .....	43
22 .....	44
23 .....	46
24 .....	47
25 Adiós al padre .....	49
26 Pobre gacela duramente embarrada .....	51
27 Herejía .....	53
28 Mantel .....	54
29 Palenque .....	55
30 .....	58

31	Mixtura de un día .....	61
32	.....	63
33	Del uno al tres de enero .....	64
34	Adiós a Ignacio .....	65
35	.....	67
36	.....	69
37	Cédula de la estatua .....	70
38	No está el gato .....	71
39	Yantar a solas .....	79
40	Tonadilla .....	80
41	La ciudad .....	81
41a	.....	83
41b	.....	85
41c	.....	89
41d	.....	92
42	Cuna .....	97
43	San Juan de Ulúa, 21 de abril de 2004 .....	98
44	Cihuateteo .....	99
45	.....	100
46	La rosa .....	101
47	Dos edades .....	103
48	Jalpa .....	104
49	.....	109
50	.....	110
51	.....	112
52	.....	114
53	El ánimo .....	115
54	.....	117
55	.....	122
56	.....	123
57	Instancias mexicanas .....	124



Adán Augusto López Hernández  
Gobernador del Estado de Tabasco

Yolanda Osuna Huerta  
Secretaria de Cultura

Luis Alberto López Acopa  
Subsecretario de Fomento a la Lectura  
y Publicaciones

Francisco Magaña  
Director de Publicaciones  
y Literatura



*El hospiciano (1985-2005)*, de Luis Barjau, se terminó de imprimir el 12 de noviembre de 2019, en los talleres de Impresionismo de México S. A. de C. V., Doña Fidencia # 109, colonia Centro, Villahermosa, Tabasco. Para su composición se utilizaron tipos Cardo y Roboto. El tiraje fue de 1000 ejemplares. La edición estuvo al cuidado de la Dirección de Publicaciones y Literatura.